

14 de marzo.

Cuarto Domingo de Cuaresma

PRIMERA LECTURA.

Lectura del libro de Josué 5, 9a. 10-12

En aquellos días, el Señor dijo a Josué: «Hoy os he despojado del oprobio de Egipto.»

Los israelitas acamparon en Guilgal y celebraron la Pascua al atardecer del día catorce del mes, en la estepa de Jericó. El día siguiente a la Pascua, ese mismo día, comieron del fruto de la tierra: panes ázimos y espigas fritas. Cuando comenzaron a comer del fruto de la tierra, cesó el maná. Los israelitas ya no tuvieron maná, sino que aquel año comieron de la cosecha de la tierra de Canaán.

SALMO RESPONSORIAL. Salmo 33.

Antífona: **Gustad y ved qué bueno es el Señor.**

Bendigo al Señor en todo momento, su alabanza está siempre en mi boca;
mi alma se gloria en el Señor: que los humildes lo escuchen y se alegren.

Proclamad conmigo la grandeza del Señor, ensalcemos juntos su nombre.
Yo consulté al Señor, y me respondió, me libró de todas mis ansias.

Contempladlo, y quedaréis radiantes, vuestro rostro no se avergonzará.
Si el afligido invoca al Señor, él lo escucha y lo salva de sus angustias.

SEGUNDA LECTURA.

Lectura de la segunda carta del apóstol san Pablo a los Corintios 5, 17-21

Hermanos:

El que es de Cristo es una criatura nueva. Lo antiguo ha pasado, lo nuevo ha comenzado. Todo esto viene de Dios, que por medio de Cristo nos reconcilió consigo y nos encargó el ministerio de la reconciliación. Es decir, Dios mismo estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo, sin pedirle cuentas de sus pecados, y a nosotros nos ha confiado la palabra de la reconciliación. Por eso, nosotros actuamos como enviados de Cristo, y es como si Dios mismo os exhortara por nuestro medio.

En nombre de Cristo os pedimos que os reconciliéis con Dios. Al que no había pecado Dios lo hizo expiación por nuestro pecado, para que nosotros, unidos a él, recibamos la justificación de Dios.

EVANGELIO.

Lectura del santo Evangelio según San Lucas 15, 1-3. 11-32

En aquel tiempo, solían acercarse a Jesús los publicanos y los pecadores a escucharle. Y los fariseos y los escribas murmuraban entre ellos: «Ése acoge a los pecadores y come con ellos.»

Jesús les dijo esta parábola: «Un hombre tenía dos hijos; el menor de ellos dijo a su padre: «Padre, dame la parte que me toca de la fortuna.»

El padre les repartió los bienes.

No muchos días después, el hijo menor, juntando todo lo suyo, emigró a un país lejano, y allí derrochó su fortuna viviendo perdidamente.

Cuando lo había gastado todo, vino por aquella tierra un hambre terrible, y empezó él a pasar necesidad.

Fue entonces y tanto le insistió a un habitante de aquel país que lo mandó a sus campos a guardar cerdos. Le entraban ganas de llenarse el estómago de las algarrobas que comían los cerdos; y nadie le daba de comer.

Recapacitando entonces, se dijo: «Cuántos jornaleros de mi padre tienen abundancia de pan, mientras yo aquí me muero de hambre. Me pondré en camino adonde está mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo: trátame como a uno de tus jornaleros.»

Se puso en camino adonde estaba su padre; cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se conmovió; y, echando a correr, se le echó al cuello y se puso a besarlo.

Su hijo le dijo: «Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo.»

Pero el padre dijo a sus criados: «Sacad en seguida el mejor traje y vestido; ponedle un anillo en la mano y sandalias en los pies; traed el ternero cebado y matadlo; celebremos un banquete, porque este hijo mío estaba muerto y ha revivido; estaba perdido, y lo hemos encontrado.»

Y empezaron el banquete.

Su hijo mayor estaba en el campo.

Cuando al volver se acercaba a la casa, oyó la música y el baile, y llamando a uno de los mozos, le preguntó qué pasaba.

Éste le contestó: «Ha vuelto tu hermano; y tu padre ha matado el ternero cebado, porque lo ha recobrado con salud.»

Él se indignó y se negaba a entrar; pero su padre salió e intentaba persuadirlo.

Y él replicó a su padre: «Mira: en tantos años como te sirvo, sin desobedecer nunca una orden tuya, a mí nunca me has dado un cabrito para tener un banquete con mis amigos; y cuando ha venido ese hijo tuyo que se ha comido tus bienes con malas mujeres, le matas el ternero cebado.»

El padre le dijo: «Hijo, tú siempre estás conmigo, y todo lo mío es tuyo: deberías alegrarte, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido; estaba perdido, y lo hemos encontrado.»»

“Reconciliando al Mundo sin pedir Cuentas”

Situado casi en el centro del evangelio, el capítulo 15 de san Lucas ha sido considerado por algunos escritores de los primeros siglos de la Iglesia como “un evangelio dentro del evangelio”. De esta forma querían destacar la importancia del mensaje contenido en las tres “parábolas de la misericordia”, la oveja perdida, el dracma perdido y el hijo pródigo. Y eso que en la parábola del pródigo se dejan abiertos muchos caminos que, como el texto de 2 Corintios 5,19, que sirve de título a esta homilía, pueden llevar a la conclusión de que el perdón alcanzado por Cristo para la humanidad pecadora nos dispensa del duro itinerario de la conversión. Nada extraño que los primeros reformadores, Lutero, Calvino, Zwingli, se hayan detenido gustosamente en subrayar la coincidencia de la parábola con sus tesis de la pura gracia.

Siendo un pasaje literariamente logrado, como cabía esperar del redactor del evangelio de san Lucas, la parábola ha sido objeto de numerosas reelaboraciones por parte de autores teatrales, músicos, novelistas y pintores. Entre los comentaristas recientes se ha sugerido leerla desde un ángulo distinto del tradicional. En vez de “parábola del pródigo”, se ha propuesto el título de “parábola del padre generoso” o “parábola de los dos hermanos” (así, Benedicto XVI, siguiendo a P. Grelot).

En el evangelio de san Mateo algunas parábolas tienen su título: “parábola del sembrador” (Mateo 13,18), “parábola de la cizaña” (Mateo 13,36). En las parábolas de san Lucas quedan muchos datos sin explicar. Da la impresión de que Lucas se aleja del relato de los hechos para centrar la atención en el diálogo, en las palabras que intercambian los personajes. De ahí la importancia que se da a la reflexión como diálogo interior de los personajes que hablan con ellos mismos. Son parábolas sembradas de “aportes”, como el largo monólogo del pródigo recordando la situación de los jornaleros en la casa paterna y resuelto a pedir ser admitido como uno de ellos.

De esta forma la parábola nos invita a la reflexión, impulsándonos a dejar las ideas preconcebidas, para ver las cosas desde otro ángulo. Leídas así, las parábolas nos proponen lo inaudito de Dios. Esto sólo puede ser expresado mediante la metáfora o mediante el lenguaje figurativo que nos introduce en la analogía. No hay que afanarse por buscar inmediatamente una correspondencia o una lección. Este afán por encontrar un punto de comparación es la causa por la que muchas veces, tras escuchar una parábola, nos quedamos como estábamos, porque pensamos que no nos ha dicho nada nuevo o que nos ha dicho lo que ya sabíamos. Esta es una gran dificultad para actualizar las parábolas en nuestro ámbito eclesial, generalmente ya muy orgulloso de sus certezas.

Aunque reflejo de la vida real (el evangelio de Lucas ha sido definido como “evangelio de la cotidianidad, del día a día”), la parábola es producto de la imaginación y de la analogía. Nos orienta hacia lo desconocido, hacia un mundo alternativo en el que lo diferente de lo cotidiano se nos

presenta como posibilidad extrema: el pastor que por encontrar una oveja abandona las noventa y nueve; la mujer que organiza toda una fiesta al encontrar la moneda que creía perdida; la esperanza ofrecida al hijo que había quemado todas sus razones para esperar.

Los saltos narrativos y las lagunas que deja el evangelista son una invitación para que nosotros nos introduzcamos en el relato poniéndonos las preguntas que más nos sorprenden y llenando las lagunas desde nuestra visión de la vida. Probablemente ninguno de nosotros, sobre todo los niños con los que se dramatiza la parábola preparando la primera confesión, ni ha abandonado el hogar ni ha dilapidado la herencia paterna, pero el reencuentro con el amor de casa cambiaría desde dentro nuestra vida. Como el pródigo, descubriremos que una búsqueda rabiosa de nuestra libertad nos arrastra a la esclavitud, como a él le llevó a la ocupación más abominable para un judío. En el hermano mayor descubrimos cómo puede endurecer el corazón una fidelidad en la observancia rigurosa de todos los deberes, por estricto deber, sin amor.

Ni madre ni hermanas intervienen en el relato. La única mención del femenino aparece en el reproche del hermano mayor sobre el mal uso del dinero con las prostitutas (Lucas 15,31). Pero el padre utiliza un lenguaje que corresponde mejor a una madre. Parece tener presente las imágenes femeninas con las que el profeta Oseas describe el amor de Dios a Israel, cuando “era niño”. “Yo le enseñé a andar y lo llevé en mis brazos ... Me inclinaba para darle de comer ... Me da un vuelco el corazón, se me revuelven todas las entrañas ... Que soy Dios y no hombre” (Oseas 11,1-9). Esto es lo inaudito de Dios que refleja la actitud del Padre acogiendo sin condiciones al hijo que retorna.

Jesús, narrador de la parábola, funde su voz en la voz del Padre. El mensaje central de su evangelio, que san Lucas resalta con acento particular, es un amor “entrañable”, maternal, la “compasión” por principio. Luego vendrán todas las exigencias para rehacer el camino extraviado. Pero fue la “compasión” la cualidad que favoreció la pronta difusión del evangelio por el mundo mediterráneo.

Esta parábola en un domingo que mantiene la invitación tradicional a la alegría, “Domingo de Laetare”, no sólo nos invita a descubrir el gozo de la reconciliación con Dios. Es también un punto de partida para revisar nuestra actitud ante el perdón con los hermanos. Si ponemos como ejemplo ese amor sin reservas, esa entrega desarmante que lleva al olvido de la ofensa hasta poder vestir de nuevo “el vestido primero”, *stolén tèn próten* (Lucas 15,22), estaremos avanzando en el terreno del mandato del amor. Por medio de la parábola entramos en un contexto narrativo tan ilimitado que abrirá nuevas iniciativas para lograr que la espera paciente y la acogida amorosa permitan restablece una relación familiar o fraterna que parecía perdida y que, sin embargo, es recuperable.